



**Vanessa Ortiz González**

*Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)*

vanessa.ortiz@iteso.mx

## **Puntada sin cierre: bordando comunidad, afectos y memoria ante la crisis de desaparición en México**

### **Stitch without Closure: Embroidering Community, Affection and Memory in the Face of the Crisis of Disappearance in Mexico**

#### **Resumen**

El bordado ha sido, desde hace varios siglos, una forma de expresión artística ligada al trabajo doméstico y a la feminidad. No obstante, en distintas partes del mundo, se ha convertido en un medio de expresión, denuncia y movilización social ante el olvido y la violencia crónica (Pearce 12). El presente artículo busca analizar, por medio de los estudios sobre violencia, las teorías de las emociones y el giro afectivo, la manera en la que las acciones sociales en México, principalmente, las madres buscadoras y colectivos de denuncia ante la desaparición forzada, encuentran en el bordado una forma de producir y transmitir conocimientos, crear comunidad, generar afectos y cuidar la memoria de las personas desaparecidas a partir de la exacerbación de la violencia que trajo consigo la “guerra contra el narco”<sup>1</sup>.

#### **Palabras claves**

*Bordado, mujeres, comunidad, emociones, memoria, violencia, desaparición, pedagogía.*

---

<sup>1</sup> Ver <https://nuso.org/articulo/el-fracaso-de-una-estrategia-una-critica-a-la-guerra-contra-el-narcotrafico-en-mexico-sus-justificaciones-y-efectos/>

## Abstract

Embroidery has been, for several centuries, a form of artistic expression linked to domestic work and femininity. However, in different parts of the world, it has been a form of expression, protest, and social mobilization in response to neglect and chronic violence (Pearce 12). This article aims to analyze, through the studies of violence, the theories of emotions and the affective turn, the way in which social actions in Mexico, particularly by groups like the *madres buscadoras* (mothers searching for their disappeared children) and advocacy collectives against forced disappearance, have found in embroidery a way to produce and transmit knowledges, build community, foster emotional connections, and preserve the memory of the disappeared individuals, amidst the escalating violence brought on by the "war on drugs".

## Keywords

*Embroidery, women, community, emotions, memory, violence, disappearance, pedagogy.*

*“Contarlos a todos.  
Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría  
ser el mío.  
El cuerpo de uno de los míos.  
Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre  
son nuestros cuerpos perdidos.”  
(Sara Uribe 13)*

## México lindo y dolido: la crisis de las desapariciones

*“Tú eras la patria.  
Pero, ¿la patria no estaba devastada?”  
(Uribe 65)*

La presencia del crimen organizado en México es notoria desde hace varias décadas. Esta se exacerbó a partir de la llamada “guerra contra el narco” que declaró el expresidente Felipe Calderón durante su sexenio (Benjamin Smith 404). La política de seguridad de Calderón se enfocó en militarizar al país por medio de tropas en las zonas con mayor presencia delictiva, siendo Michoacán el primer estado en experimentar las consecuencias de la llegada de más de seis mil



quinientos soldados (Agnès Mérat 38), ocasionando una escala de extorsiones, muertes y desapariciones sin precedentes.

Según datos del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDNO) de 2006 a 2023 las cifras de desaparición en México han aumentado en un 4715.8%. Actualmente se contabilizan 115,553 personas desaparecidas en toda la República Mexicana, de las cuales el 58.86% son hombres, el 40.91% mujeres y el 0.24% indeterminado. Si a esto le sumamos las miles de personas que no cuentan con denuncias, es notorio que en México existe una grave crisis de desaparición. Esa crisis tiene múltiples causas; no obstante, los cárteles empezaron a utilizar la desaparición como una herramienta de terror. (Salvador Maldonado 435).

Por muchos años, el Estado replicó el discurso de que las personas desaparecidas tenían vinculación directa con los grupos criminales y por lo tanto, el incremento en la violencia se trataba de ajustes de cuentas hacia las personas que estaban en malos pasos. Esto, además de criminalizar a la población, difundía entre la sociedad la idea de que no existía peligro alguno, generando una falsa ilusión de seguridad. No obstante, la desaparición de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa en 2014, con la participación de fuerzas estatales y grupos ligados al narcotráfico, evidenció que la violencia en México se había convertido en parte de la nueva normalidad de “una patria devastada” (Uribe 65).

La desaparición trae consigo la incapacidad de llevar a cabo el rito que facilita el proceso de duelo. En relación con esto, Rita Segato (11) sostiene que la pedagogía de la crueldad va mucho más allá del matar ya que se enfoca en desritualizar la muerte. La crueldad que se imprime en los cuerpos refleja la violencia crónica que aqueja a un México dolido que muestra una desensibilización al sufrimiento de los demás (Segato 12). Hablamos pues, de una doble desaparición (Ramírez Valenzuela et al. 314); por un lado, los grupos delictivos desaparecen a las personas y por otro, el gobierno y la sociedad lo hacen con su negligencia, indolencia y ocultamiento de la verdad.

La herramienta de la desaparición surge del “capitalismo *gore*”, en palabras de Sayak Valencia, es la forma económica hegemónica que actualmente opera en el mundo, y que se especializa en utilizar la violencia extrema como forma de dominio (25). Desde esta noción, los cuerpos son concebidos como productos de intercambio dentro de las lógicas capitalistas. Valencia, además, sostiene que la violencia se ha convertido en la herramienta de control y el instrumento político por excelencia. Los cuerpos (o la falta de ellos) son la moneda de cambio para impulsar la lógica de la necropolítica<sup>2</sup> y seguir expandiendo el poder de la brutalidad en México.

Ligada estrechamente al mercado, la violencia derivada de “la guerra contra el narco” se caracteriza, además, por ser predominantemente hipermasculina. Las falotopías se han convertido en una manera de cooperación enfocada en la destrucción y la crueldad que es propia de los cárteles mexicanos. Tal como sostiene Rodrigo Parrini, una falotopía es la manera en la que las hipermasculinidades se adueñan de los espacios públicos (28). El poder se sostiene de la sujeción de los cuerpos y además, se ejerce a partir de la exhibición de la masculinidad hiperviolenta. La crueldad es una técnica de la hiperviolencia que caracteriza el nuevo dominio masculino representado en los grupos criminales (Parrini 39).

De modo que, la desaparición no es una violencia particular o aislada, sino que deriva de una violencia sistémica y con múltiples causas y efectos que repercute en toda la comunidad mexicana. En el libro *Seguridad humana y violencia crónica en México: nuevas lecturas y propuestas desde abajo*, Janice Pearce describe la violencia que afecta al país como “crónica”, ya que surge a partir de fenómenos tanto macrosociales como microsociales que se reproducen a lo largo del tiempo y del espacio (12). La violencia crónica no sólo tiene consecuencias letales, sino que

---

<sup>2</sup> Sayak Valencia retoma el término de “necropolítica” acuñado por Achille Mbembe, el cual se refiere al “poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir” (19). En ese sentido, la soberanía contemporánea manifiesta su poder tanto con el control sobre la definición de la vida como el de la mortalidad. Actualmente, la violencia de los dirigentes supone un fin en sí mismo.

se compone de todo lo que ocurre en el espacio social público o privado. Desde esta perspectiva, la violencia tiende a ocurrir en espacios donde el daño, el dolor, la desigualdad y el trauma no han sido reparados.

En México, los cuerpos se mutilan, se destrozan, se abandonan en brechas, se cuelgan de puentes, se apilan en fosas clandestinas. “La masacre es una técnica de control, y la fosa común, el nuevo escenario del espacio público” (Parrini 41). Sin embargo, en la desaparición encontramos una expresión de la violencia crónica particularmente brutal y dolorosa. Como sostiene Maldonado “la frase ‘lo desaparecieron’ encierra el paso de una muerte social a una ausencia incierta” (437), puesto que produce en las familias y seres queridos una angustia y un tormento que no tiene fin. La falta de certeza ocasiona que las familias permanezcan en un limbo emocional sumamente doloroso, sin poder llegar al duelo que se vive cuando se tiene el conocimiento de que alguien muere.

Maldonado describe la desaparición como una “muerte en suspenso” (442). Las familias experimentan un desconsuelo crónico sin cierre. La falta de cuerpo conduce a las víctimas indirectas a aferrarse a la idea de que su familiar puede seguir con vida y en agonía. Este acto atroz no sólo significa privar a una persona de la libertad, “sino comprender la estructura de relaciones que propician una serie de irrupciones en la realidad, tanto en el imaginario social como en las acciones y movilizaciones de familiares” (Ramírez Valenzuela et al. 306).

La búsqueda se vuelve un estado permanente en donde las familias pueden descuidar otros aspectos de sus propias vidas. Muchas buscadoras sostienen que llegan a abandonar a los familiares que les quedan por buscar a los que les hacen falta, ya que el dolor lleva al cuerpo a encerrarse en sí mismo (Ahmed 57). La experiencia de tener un familiar desaparecido no sólo implica un cambio personal, familiar y de la manera en la que se vinculan con otras personas, sino que también ocasiona un cambio en la perspectiva que se tiene del mundo y de la violencia (Erikson 466). Asimismo, la búsqueda de una persona implica una exigencia considerable en términos económicos, físicos y emocionales. Las familias

buscadoras se autoorganizan de manera autónoma y buscan colectas para poder solventar los gastos de las búsquedas (Castro 96).

No obstante, es a través del encuentro con otros, los lazos afectivos que se desarrollan entre ellos y el reconocimiento de la acción de las personas, que la violencia crónica puede "remendarse" de forma colectiva. Al remendarse, un tejido y una comunidad doliente pueden unirse para volver a conectar entre sí. Como respuesta ante la crisis de seguridad en el país a partir de 2011, cientos de familias, activistas, artistas, académicos y personas de la sociedad civil se han organizado para denunciar la violencia e indolencia que experimenta el país. Una de las primeras acciones colectivas fue el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) impulsado por Javier Sicilia quien fue víctima cuando un grupo del crimen organizado asesinó a su hijo (Elena Azaola 159). Luego de esta movilización, se generaron varias caravanas por la paz a lo largo del país para hacer un llamado a la movilización social y a exigir justicia para las víctimas (Azaola 161).

Además de manifestaciones, plantones, caminatas y marchas en distintas ciudades, las madres y familias buscadoras se han volcado al arte, puesto que han encontrado en él una manera de recuperar la memoria y expresar el dolor. Por medio de *performances* con fuentes teñidas de color rojo, con largos tejidos de estambre sobre monumentos, música en vivo y sesiones para bordar nombres y fichas de desaparición, las familias denuncian la falta de sus seres queridos. Estas reacciones activistas se han caracterizado por visibilizar la potencia de la acción colectiva, la iniciativa y el esfuerzo que ha permitido crear versiones propias de justicia frente a la incapacidad de las instituciones (Gallagher 20).

Uno de los ejemplos más conocidos es la iniciativa Sangre de mi Sangre de la Colectiva Hilos creado en 2019 en Guadalajara y que se ha expandido a lo largo del país. Hilos es una agrupación artística feminista que tiene como consigna denunciar la violencia en México por medio de grandes redes tejidas de rafia roja colocadas en edificaciones y monumentos históricos representando a las personas desaparecidas y a las víctimas de feminicidio (Jairo Antonio López y Malely Linares Sánchez 78).



Es a partir del reconocimiento y función central que toman las artes dentro del reclamo por la violencia que este artículo indaga en los siguientes interrogantes: ¿por qué las familias siguen buscando a pesar de las dificultades, el riesgo y el nivel de impunidad en México?, ¿qué mueve a las víctimas para seguir buscando a un ser querido? y, ¿cómo es que el bordado se vuelve una acción colectiva didáctica que rescata la memoria y acompaña en el dolor de buscar a alguien? Una hipótesis que maneja este trabajo es que quizá originalmente la idea de estos grupos y colectivos no era la de atender una necesidad emocional, sino buscar visibilización y respuestas a sus casos. No obstante, el acompañamiento del dolor propició espacios de acompañamiento y sostenimiento que han sido motor para seguir en la búsqueda.

### **Hilvanando la memoria: el bordado como acción colectiva**

*“Yo lo que deseo es lo imposible: que pare ya la guerra;  
que construyamos juntos, cada quien desde su sitio,  
formas dignas de vivir.”  
(Uribe 59)*

Las artes textiles fueron vistas como oficios artesanales no remunerados (Olalde 9) durante muchos años. En particular, el bordado es una práctica ancestral confirmada arqueológicamente mediante restos textiles hallados en el cenote de Chichén Itzá (Olga Silvia Terán y Contreras 512), y a lo largo de la historia ha estado relacionado con el ámbito doméstico y, por lo tanto, con la feminidad. Durante la Colonia, el bordado indígena fue utilizado por los españoles como una herramienta para reproducir y reforzar el sistema de castas. La vestimenta que se estableció en el sur de México para las mujeres indígenas fue el *hipil* con ligeros adornos bordados, mientras que las mujeres mestizas utilizaban *terno* que era un *hipil* de mejor calidad y las españolas usaban ropas europeas (Terán y Contreras 512).

Sin embargo, el bordado es una actividad que engloba conocimientos, enseñanza, tradiciones y resistencia. Es una práctica cultural que, a pesar de presentar modificaciones a lo largo de los años, ha resistido la modernización y que ha pasado de generación en generación. En muchas comunidades, las mujeres mayores se encargan de pasar los conocimientos del bordado a las niñas de las nuevas generaciones<sup>3</sup>. Para las mujeres indígenas, los hilos son una forma de comunicar y de enunciar. El bordado se ha convertido en “una actividad que propicia la creación de un sentido comunitario” (Rivera García 219).

Existen colectivos que buscan generar espacios de aprendizaje colaborativo y de resistencia colonial y patriarcal. Tal es el caso de las mujeres amuzgas de Guerrero, que crearon el colectivo *La Flor de Xochistlahuaca* que le enseña a las niñas la tradición del telar de cintura o la *Colectiva Malacate* conformado por distintas comunidades mayas de Chiapas que le han apostado a bordar juntas bajo el concepto de *Lekil kuxlejal*, es decir, lograr “una vida digna para todas” (Diana Albarrán González y Colectiva Malacate 3).

Este tipo de actos de preservación de la herencia cultural textil demuestran que el aprendizaje se presenta en distintos ámbitos de la cotidianidad. La pedagogía no se limita únicamente a las intenciones de los procesos educativos formalmente institucionalizados, sino que también abarca las dinámicas de enseñanza y aprendizaje que ocurren en la vida cotidiana y que nos moldean como sujetos influenciados por el género, la clase y la raza (Carmen Luke 24). El bordado se vuelve un acto pedagógico ya que permite plasmar procesos de socialización. Carmen Luke nombra “lecciones de vida” a los procesos que nos sitúan dentro de un marco social y cultural (24). Dichos procesos de socialización no sólo permiten el aprendizaje, sino que también propician espacios de encuentro y conexión emocional.

---

<sup>3</sup> Algunos ejemplos de herencia y aprendizaje cultural del bordado para mujeres en comunidades son el *dhayemlaab* de la cultura teenek en México, los *hipiles* de las mujeres mayas del sur de México y Guatemala o el bordado *Ayacucho* de Perú.





Para Tania Pérez-Bustos y Sara Márquez-Gutiérrez (281), el bordado posibilita puntos de conexión entre distintos aprendizajes a partir de dimensiones colectivas, afectivas y táctiles en la producción y circulación del conocimiento. Como sostiene Paulo Freire, “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades de su producción o de su construcción” (14). Las artes textiles como el bordado nos permiten (co)producir conocimiento con otros con el propósito de fortalecer los procesos de resistencia y de recuperación de la memoria en contextos de intenso sufrimiento social (Arias-López 53). Los conocimientos se pueden expresar mediante relatos textiles porque estos están profundamente impregnados de aspectos sociales, emocionales y culturales.

Uno de los casos más conocidos de esta expresión de conocimiento de los relatos textiles es el de las mujeres palestinas quienes, por medio del *hiyake*<sup>4</sup>, representan relatos orales, historias de lucha y fábulas donde las mujeres son las narradoras y las personas que reciben la historia (Ramos Tolosa 90). Aunado al *hiyake*, el arte del bordado permite que las mujeres se reúnan, generando vínculos de solidaridad, memoria y afecto que se han vuelto el centro de la comunidad. Por medio del arte, las mujeres palestinas se han convertido en las principales cuidadoras de la memoria y de la resistencia contra la represión, el desplazamiento y la violencia colonial a la que han sido sometidas durante muchas décadas.

En México, la práctica del tejido y del bordado como denuncia ante la violencia se ha retomado de experiencias de otros países en América Latina. Tal es el caso de las arpilleras en Chile las cuales son piezas con ilustraciones bordadas que se convirtieron en una forma de resistir y denunciar la dictadura militar surgida a partir de 1973 (Mora 159). Las arpilleras son mujeres que utilizan el bordado como una estrategia para recuperar la memoria, para tomar el espacio público y denunciar las violencias que siguen lastimando Chile.

Otro caso latinoamericano fue en Argentina donde a partir de octubre de 1977, época de la dictadura militar, las madres y abuelas de la Plaza de Mayo

---

<sup>4</sup> El arte de la narración oral.

utilizaron los pañuelos de sus familiares desaparecidos y los portaron en sus cabezas (Natalia Quiceno-Toro y Isabel González-Arango 26) como estandarte de protesta por sus hijos desaparecidos. El peso y el tamaño de los pañuelos propiciaron que su uso social se expandiera a lo largo del país. De esta manera, el pañuelo se convirtió en un símbolo de lucha y resistencia que se ha retomado en otras movilizaciones sociales tales como la lucha feminista por el aborto legal, seguro y gratuito.

Todos los grupos de mujeres que bordan como acto de protesta tienen dos aspectos en común; por un lado, han experimentado en carne propia la violencia crónica dentro de sus comunidades y, por otro lado, han llevado esta acción colectiva textil a los espacios públicos para visibilizar sus denuncias y tejer vínculos de apoyo y contención emocional. Ana Cristina Aguirre y Paula Laverde sostienen que “la acción artística colectiva aporta contundencia a la reunión masiva, ayuda al individuo a sentirse cómplice a la causa del grupo” (47).

### Buscando tesoros<sup>5</sup> entre palas e hilos

*“Quiero el descanso de los que buscan y el de los que  
no han sido encontrados.  
Quiero nombrar las voces de las historias que ocurren aquí.”  
(Uribe 14)*

En México, el activismo textil en forma de bordado frente a la desaparición forzada ha estado presente en distintas latitudes del país. Se originó en la Ciudad de México como parte del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) y de Fuentes Rojas. Estos movimientos solían teñir fuentes de la ciudad de color rojo para denunciar el derramamiento de sangre que ocurrió a partir del año 2006 (Aguirre y Laverde 54). Retomando la idea del bordado zapatista que ha sido

---

<sup>5</sup> La manera en la que madres buscadoras del colectivo “Las Rastreadoras de El Fuerte” nombran a sus hijos desaparecidos en fosas clandestinas.

central para la difusión de su pensamiento, el Colectivo Fuentes Rojas creó *Bordando por la Paz y la Memoria. Una Víctima, un Pañuelo* que busca retomar los espacios públicos que el miedo a la violencia le había arrebatado a la sociedad (Mérat 39).



Fig 1. *Tendedero de bordados en 2014*. Fotografía cortesía de Bordamos por la Paz, Guadalajara.

El propósito inicial de esta actividad fue llevar a cabo acciones para visibilizar y sensibilizar a la población sobre la crisis de seguridad que aquejaba al país, así como construir un espacio seguro de contención y apoyo emocional para los asistentes. “Bordamos por la Paz” se extendió a lo largo del país, logrando un fuerte arraigo en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Dicha acción comenzó a llevarse a cabo de manera recurrente en espacios públicos importantes de las ciudades como las plazas principales de los centros históricos y parques más reconocidos.

El bordado colectivo congrega a madres, hijas, hermanas y esposas de personas desaparecidas, así como artistas locales, académicos, activistas y cualquier persona que se interesa por participar en la actividad. El hecho de llevarlo a cabo en espacios concurridos, invita a que haya un involucramiento de la

sociedad, así como busca colocar la problemática de la desaparición como un acto que cualquiera puede experimentar, ya sea de manera directa o indirecta. Clare Hunter nombra a estas acciones colectivas textiles como “democracia cultural”, es decir, arte transformado en las necesidades e inquietudes de las personas que no suelen ser escuchadas (151).

Retomando las protestas de otras latitudes, “Bordamos por la Paz” se enfocó principalmente en bordar pañuelos con los nombres, cédulas informativas de búsqueda o incluso las notas periodísticas que describen el momento de la desaparición o del asesinato de la persona. El bordado fungió como una forma de plasmar y transmitir los conocimientos que se han pasado de generación en generación dentro del espacio doméstico. Por lo que, aquellas mujeres que tenían mayores conocimientos de costura y bordado fueron enseñando al resto cómo ensartar una aguja y relatar el dolor por medio del hilo. De esta manera se generó un espacio de construcción colaborativa del bordado como práctica y transmisión de conocimiento. Como sostiene Freire “quien enseña aprende al enseñar y quien aprende enseña al aprender” (15).

Inicialmente, el bordado de los pañuelos solía ser sencillo y uniforme con el propósito de que no se hiciera ningún tipo de distinción entre las víctimas de la violencia. Además, se apegaba a un código de color representando a las víctimas asesinadas con el color rojo y a las personas desaparecidas con color verde (Olalde 20). Sin embargo, esto se fue transformando y, actualmente, el uso de los colores y el formato de los pañuelos es más flexible y apela a la creatividad y al vínculo de la bordadora con la persona.

A diferencia de las prácticas domésticas del bordado donde se intencionaba que fuera tan cuidado que no se dejara rastro de las manos que lo crearon (Pérez-Bustos y Márquez-Gutiérrez 290), en “Bordamos por la Paz” se buscaba exaltar las puntadas con el propósito de dejar una huella personal en el pañuelo. Incluso, se buscó que los bordados también fueran realizados en las casas ya que, de esta manera, las personas se comprometían con un mismo pañuelo, y por tanto, con un caso en particular (Olalde 15). Por tal razón, la colaboración se entiende más allá



de la copresencia o el habitar un mismo espacio y tiempo. La participación comunitaria y de sostenimiento reside también en la manera en la que se llevan a cabo actos cotidianos individuales pensados desde la cooperación.

Esta forma de expresión artística contra la violencia crónica en el país se ha replicado en distintos espacios públicos y se ha expandido en distintos colectivos de búsqueda. Algunos de los más recientes han sido los “Bordados de esperanza” propuesto en 2023 por el colectivo Entre Cielo y Tierra Desaparecidos Jalisco en Guadalajara (“Bordados de esperanza: Madres buscadoras se reúnen a bordar a sus seres queridos desaparecidos”), el “Bordatón” del 2024 en el Zócalo de la Ciudad de México organizado por varios colectivos y familiares de personas desaparecidas (Realizan el Bordatón en el Zócalo por las personas desaparecidas) o el “Buscando nos encontramos” ocurrido en Guanajuato en 2022 donde buscadoras y estudiantes tejieron redes por medio del activismo textil (Sandra Estrada Maldonado, et al. 5).

Reunirse de manera recurrente con otras personas que viven lo que las madres y padres experimentan en la búsqueda de sus hijos para realizar una actividad estática como es el bordado, permite a las familias seguir luchando y al mismo tiempo tener la posibilidad de parar físicamente por un momento para llevar a cabo un acto terapéutico que les ayuda a sostenerse mutuamente y a tener consuelo. Como sostienen Aguirre y Laverde el bordado “re-significa de manera afectiva, cada una de las vidas pérdidas, interpelándonos como una pérdida compartida. (55)”

### Mujeres ensartando emociones

*“Así que me voy con el estómago vacío al trabajo y  
mientras conduzco pienso en todos los huecos, en  
todas las ausencias que nadie nota y están ahí”  
(Uribe 52)*

Aunque la desaparición forzada no afecta exclusivamente a cuerpos feminizados, es una violencia que pone en evidencia la vulnerabilidad de las

víctimas, tanto directas como indirectas, debido a factores de género. Partiendo desde la perspectiva de las víctimas directas, Karla Salazar-Serna y Roberto Castro (137) sostienen que la desaparición de mujeres suele estar vinculada con delitos como el feminicidio o la trata de personas para la explotación sexual. La crueldad de la desaparición denota las falotopías (Parrini 39) y las violencias propias de una cultura patriarcal permeada por el narcotráfico y la impunidad. El cuerpo de las mujeres se percibe como el que debe pagar “el ajuste de cuentas”.

El Estado, por su parte, perpetúa la violencia de género en las investigaciones cuando replica discursos patriarcales y se niega a buscar mujeres jóvenes desaparecidas minimizando los casos y haciendo alusión a que se fueron por voluntad propia con su pareja (Ana Sofía González Pérez 115). El gobierno las nombra “descuidadas” al suponer que desaparecen a causa de un noviazgo o de un embarazo no deseado. La actuación de las autoridades saca a flote la complicidad de los servidores públicos y la institucionalización del pacto patriarcal en México (González Pérez 116).

Por otro lado, están las mujeres consideradas víctimas secundarias de desaparición<sup>6</sup> que también experimentan el trato con distinción de género y la violencia patriarcal. La desaparición en México se puede estudiar como un problema de género debido a que el mayor porcentaje de víctimas secundarias son madres, esposas o hermanas (Esquivel 82). Elizabeth Jelin sostiene que el sistema afecta a las mujeres en sus roles de madres y esposas al responsabilizarlas, debido al parentesco, del cuidado y la atención hacia sus seres queridos. Si una persona desaparece, la madre sufre el estigma al ser señalada como alguien que falló en su responsabilidad de criar y cuidar (562). Esto coloca a las mujeres buscadoras en una posición vulnerable ya que además de buscar a su ser querido ausente y a los responsables de la desaparición, deben comprobar la inocencia de sus parientes (Nadejda Iliná 122).

---

<sup>6</sup> Las víctimas secundarias son las personas que sufren las secuelas de la desaparición forzada sin experimentarlas en carne propia. Son las madres, abuelas, hermanas, parejas o hijas de una persona desaparecida.

Sustraer de las madres a los hijos e hijas es un duro golpe emocional e identitario. “Al negarles la maternidad, existe una confrontación de los papeles. Sin embargo, la negación viene de un factor externo: no son ellas quienes rechazan el papel; al contrario, lo afirman al salir a buscar a las y los desaparecidos” (Stengel Peña 221). Leticia Carrasco define este fenómeno como feminización de la búsqueda, ya que la organización, la denuncia, la protesta y el acompañamiento emocional, se han construido principalmente por mujeres apegadas a su rol emocional (136).

Las madres buscadoras han puesto el cuerpo como protesta ante las violencias e injusticias derivadas de la desaparición de un ser amado. A partir de los roles familiares tradicionales del amor y la ética del cuidado (Jelin 562), las mujeres han tomado la esfera pública colocándose como *sujetas* políticas cargadas de una afectación emocional. El acto de tomar lo público-político a través de la afirmación del rol maternal y por medio de prácticas privadas-domésticas como lo es el bordado, apuesta por “una política del arraigo espacial y comunitario que no es utópica sino tópica” (Segato 15). Son las mujeres quienes persisten en la búsqueda y en la exigencia de la justicia (Salazar-Serna y Castro 137). La afectación emocional de las mujeres, lejos de ser un obstáculo en la búsqueda, se ha convertido en motor para poder encontrar a sus familiares, exigir justicia a las autoridades y tejer comunidad con otras en la misma situación.

Aunque parece que se experimentan de forma individual, las emociones no están exclusivamente en el ámbito personal ni en el social, sino que surgen de la interacción entre ambos. Si bien se presentan y se expresan en los cuerpos, surgen a partir del encuentro con otros. Les damos nombre y significado gracias a la comunicación que tenemos al estar con las personas. Según Ahmed (24), las emociones son formas de acción orientadas hacia objetos que pueden ser personas, cosas imaginadas o recuerdos. Por lo tanto, las emociones no sólo se sienten, sino que nos movilizan. “Las emociones son relacionales: involucran (re)acciones o relaciones de acercamiento o alejamiento” (Ahmed 30) respecto a otras personas.



Las emociones se han asociado tradicionalmente a los cuerpos femeninos, considerándolos naturalmente más propensos a experimentarlas. “Ser emotiva quiere decir que el propio prejuicio se ve afectado: significa ser reactiva y no activa, dependiente en vez de autónoma” (Ahmed 22). De manera que las emociones, al igual que las mujeres y el bordado, han sido recluidas a vivir en el espacio privado y doméstico. Dicho vínculo entre mujeres y emociones se replicó por medio del aprendizaje sexista y de imposición de roles de género. Sin embargo, la fuerza emocional y la capacidad de crear espacios de cuidado y aprendizaje colaborativo entre las mujeres han sido la base de su potencial para convertirse en agentes de cambio. La unión de las mujeres y sus luchas han sido ejemplos de lo que se puede conseguir a partir de la movilización social y la acción colectiva. Lo podemos notar en el impacto de las luchas feministas en América Latina o en la organización de las mujeres zapatistas.

Una de las apuestas reconocidas de los feminismos y de otros grupos de movilización de mujeres es la reivindicación de las emociones, el afecto y la memoria como motores para la transformación social. En este tipo de espacios generados por mujeres suele ponerse el acompañamiento afectivo en el centro, puesto que, cómo sostiene bell hooks (114), las mujeres culturalmente han sido maestras en el arte de ayudar a las demás personas. Se puede resistir a la violencia por medio de los espacios de encuentro y acompañamiento mutuo donde surgen afectos, escucha activa y prácticas de cuidado social.

Segato (15), nombra a estas acciones como contra-pedagogías de la crueldad las cuales suponen formas de acción subversiva frente a la violencia. La construcción de comunidad femenina, por experiencia histórica, es una política de cercanía que rompe con el paradigma de que es utópico lograr redes de arraigo espacial y afectivo. Poder identificar el propio sufrimiento y hablar de él, como sucede en los encuentros de madres buscadoras bordadoras, favorece que estas acciones colectivas se fortalezcan dentro de una comunidad. El bordado y la palabra escrita en ellos como rememoración tiene la característica de *conmover*, es decir,





de mover al cuerpo, despertar emociones y tejer relaciones entre las y los participantes (Olalde 24).

Las madres y padres que son parte de colectivos de búsqueda que utilizan el bordado como forma de protesta y de terapia, se permiten (con)moverse por la proximidad y el afecto de otras personas (Ahmed 36). Como sostiene Almudena Pastor García, “las emociones son realidades públicas que nos pegan y nos separan de los otros, adquiriendo su significación política en el contacto social” (193). Las emociones que surgen a partir de estos encuentros permiten que las madres puedan unirse entre ellas. Bordar lienzos con fotografías y los nombres de sus seres queridos les permite sentirse acompañadas y mantener su memoria viva, mientras canalizan el dolor del duelo en suspenso.<sup>7</sup> Para las buscadoras, el acto de bordar remite al recuerdo de la persona y propicia un memorial afectivo. El bordado sirve como una actividad para el duelo, es decir, coser se vuelve un marcador de dolor que permite a las personas expresar públicamente su pérdida (Hunter 14).

La fuerza emocional del bordado se aprecia también en lo que se genera afectivamente en el encuentro entre otras mujeres y familiares de personas desaparecidas. Randall Collins describe que un ritual de interacción es un encuentro entre personas que aprenden pautas de comportamiento en momentos y espacios dados (8). Esta forma de vinculación colectiva propicia que el grupo pueda establecer vínculos afectivos. Para que pueda darse un ritual de interacción debe existir: copresencia situacional de un grupo, interacción enfocada con emociones compartidas, solidaridad social y acciones que procuren establecer un lazo (ver figura 1).

El bordado comunitario que se teje dentro de los colectivos y en el espacio público es un ritual de interacción cargado de tristeza, vacíos, anhelos, contención y esperanza. Dicho rito da pie a que se generen vínculos comunicativos ya que el

---

<sup>7</sup> Por duelo en suspenso me refiero a la experiencia emocional y psicológica que vive una persona que pierde a un ser querido por desaparición forzada. Es un duelo incompleto o en suspenso ya que, al no saber el paradero del familiar no puede acompañarse de los rituales que comúnmente llevamos a cabo cuando muere alguien cercano.

bordado y el habla son actividades compatibles (Olalde 12). Los cuerpos en co-presencia conversan (Segato 17), se acompañan y se sostienen en los momentos difíciles. El lienzo “es un sustrato vivo que se alimenta, por un lado, de la relación intersubjetiva entre el cuerpo de quien borda y los materiales, y por el otro, de los movimientos de otros cuerpos y materias que también lo van tejiendo en colectivo” (Castellanos y Castaño 228).



Fig 2. Bordado de Wendy Sánchez desaparecida en enero de 2021. Fotografía propia.

Las madres buscadoras no sólo tocan puertas en las fiscalías y usan palas para encontrar a sus hijos, sino que también, en la quietud de las mañanas cálidas en la plaza del centro de la ciudad, se reúnen con otras madres para conversar y abrazarse bordando los nombres de sus hijos desaparecidos en pañuelos que se volverán símbolos de amor y cuidado. Ahí, en el acompañamiento colectivo detrás de tanto dolor y angustia, se construye el afecto y el soporte que las permite seguir en pie. “Todas ustedes son mi familia” comentó una mujer que desde 2012 espera el regreso de su esposo que no volvió una noche a casa. La colectividad y los ritos de interacción permiten hilvanar redes que van más allá de la consanguinidad.

## Amor y dolor puntada tras puntada

*“Ellos dicen que sin cuerpo no hay delito.  
Yo les digo que sin cuerpo no hay remanso,  
no hay paz posible para este corazón.  
Para ninguno.”  
(Uribe 24).*

Recordar al ser amado que no está y que no se sabe si volverá es sumamente doloroso. Como sostiene Ahmed “la sensación de dolor se ve profundamente afectada por los recuerdos: se puede sentir dolor al acordarse de un trauma pasado, cuando se da un encuentro con el otro” (55). La memoria reúne significados a partir de lo sucedido, sin embargo, la falta de cuerpo imposibilita una comprensión de lo ocurrido. La desaparición es una violencia sin sentido bajo todas las connotaciones existentes. Por un lado, demuestran la necropolítica (Valencia 38) que opera en el país al capitalizar los cuerpos. Por otro lado, somete a las familias a la cruel búsqueda de motivos por los cuales su ser querido fue desaparecido. Para muchas buscadoras, no saber la causa supone mayor angustia.

La forma de cuidar la memoria de sus familiares se da a través de la recuperación de su historia de vida. Los colectivos de búsqueda se sientan en las bancas y jardineras de los parques, toman un trozo de tela y bordan la memoria. Recuerdan el primer diente caído, el primer raspón en la rodilla y la primera vez que llevaron a una pareja a casa. Puntada tras puntada, no sólo buscan y exigen el regreso de sus hijos, sino que también los añoran cada vez que mueven su aguja. La mayoría de las buscadoras reconoce una soledad e incompreensión que sólo puede sanar un poco siendo parte de un colectivo o al incorporarse a una acción social con otras personas buscadoras.



Fig 3. *Tendedero del Parque Rojo en 2014*. Fotografía cortesía de Bordamos por la Paz, Guadalajara.

No obstante, el dolor permanece. La tristeza y la angustia habitan dentro de las familias todo el tiempo. El dolor no se reduce a la sensación, sino que también implica el significado que le damos a las personas por medio de la propia experiencia (Ahmed 51). La ausencia de un familiar produce una sensación de desconsuelo; no obstante, el que la pérdida se deba a la crisis de desaparición del contexto mexicano provoca una aflicción muy particular. El dolor de las familias se exagera con la “muerte en suspenso”, lo que Maldonado describe como la falta de un cuerpo para tener un rito funerario (442).

Cuando se vive un trauma, nuestra memoria suele repetir constantemente lo que nos sigue atormentando (Erikson 458). El dolor nubla todos los ámbitos de una persona buscadora. ¿Es posible que dentro de los espacios de acompañamiento y búsqueda los familiares puedan encontrar comprensión de su dolor? Según Ahmed (63), estamos imposibilitados para entender totalmente el dolor de los demás. Esto se debe a que no podemos vivir exactamente lo mismo que otra persona. Incluso entre los mismos familiares de un desaparecido existen diferencias subjetivas en la experiencia del dolor. Pearce (13) sostiene que la exposición a la violencia crónica afecta la habilidad de las personas para establecer lazos afectivos. Sin embargo,

como apunta Ahmed, “lo que nos separa de otros también nos conecta con otros” (54).

Existe un dolor colectivo de lo incomprensible y de lo inaceptable que ha traído consigo la crueldad exacerbada. Erikson (459) describe la diferencia que se puede experimentar en el dolor cuando las personas se acompañan con otras con traumas similares. Como sostiene Ahmed (61), aunque la experiencia del dolor puede ser solitaria, nunca es privada. El saberse parte y apoyadas por un grupo ha generado que esta soledad se disipe. Acciones colectivas cargadas de memoria y símbolos como lo es el bordado permiten la posibilidad de acompañar la ausencia (Mérat 50). De igual manera, Juan Pablo Aranguren Romero destaca la importancia de recuperar la ética de la escucha como práctica política y de acompañamiento y en problemáticas sociales (27).

Dentro de las actividades de estos colectivos de protesta textil y búsqueda intervienen otros actores además de las familias como lo son los y las activistas, artistas, académicos y muchas otras personas de la comunidad doliente. Este tipo de acercamientos se llevan a cabo bajo una ética del dolor donde las personas se permiten verse afectadas por aquello que no conocen en carne propia (ver Figura 3), bajo un “vínculo contingente del dolor mismo” (Ahmed 63). Esta ética del dolor de los demás significa (con)movernos por aquello que no nos pertenece, pero que a la vez nos lastima profundamente como sociedad. De ahí yace la importancia de bordar la memoria de todas las y los desaparecidos, puntada tras puntada, ya que el olvido significa la repetición de la herida (Ahmed 67).

El bordado como contra-pedagogía de la crueldad permite construir un mundo vincular y comunitario (Segato 16). Un espacio donde se da la escucha atenta y una nueva forma de habitar la sociedad (Ahmed 76), que exhorta a la acción y a la demanda colectiva por la paz y la justicia. “La aguja y el hilo permiten reparar la tela desgarrada y al estar juntos, al compartir, al intercambiar nuestras historias, volvemos a tejer nuestra comunidad” (Mérat 50). Al bordar, la historia singular se une a una historia colectiva en la que se legitima el dolor que ha dejado la violencia en México.

El bordado permite conectar de manera afectiva y, al mismo tiempo, se vuelve un acto de protesta ante la crisis de desapariciones forzadas. Para Judith Butler (46), no se puede pensar la resistencia sin la vulnerabilidad. La resistencia se basa en movilizar la vulnerabilidad colectiva. Por lo tanto, es “una manera de estar expuesto y ser agente al mismo tiempo” (Butler, 47). No obstante, la autora sostiene que la vulnerabilidad no es ni activa ni pasiva, sino que es una característica de las personas de tener la capacidad de ser afectado y de actuar. Para los familiares de una persona desaparecida, la vulnerabilidad está presente a lo largo de su búsqueda, pero también se da en los espacios de encuentro que propicia el bordado. Este tipo de manifestación pacífica reclama el derecho al espacio público como generador de comunidad y medio de protesta además de abrir su corazón frente a otros que también sienten dolor.

La colectividad que se crea con los bordados no sólo permite tener espacios de afecto, contención y resistencia por medio de la creación artística y la recuperación de la memoria, sino que es uno de los motores que permite que las madres sigan en la búsqueda a pesar de las adversidades. El otro motor, sin duda, es el amor. Amor, principalmente, hacia la persona que no está y que se espera con tanto fervor. Como menciona Ahmed (195), el amor nos mueve hacia algo. El amor es un acto performativo que surge en el encuentro.

El duelo en suspenso y la aflicción de no saber dónde está su ser querido es una expresión del amor. El amor se muestra con mayor fervor cuando se pierde ese objeto del amor (Ahmed 204). El bordado permite crear una puntada sin cierre, recordar a la persona y resistir ante la incertidumbre. Mientras que la colectividad se entretaja es posible encontrar la fuerza y la determinación para seguir buscando hasta encontrarles.



## A modo de cierre: nudos corredizos

*“Somos lo que deshabita desde la memoria. Tropol.  
Estampida. Inmersión. Diáspora. Un agujero en el  
bolsillo. Un fantasma que se niega a abandonarte.  
Nosotros somos esa invasión. Un cuerpo hecho de  
murmillos. Un cuerpo que no aparece, que nadie  
quiere nombrar.  
Aquí todos somos limbo.  
(Uribe 68)*

En México cada vez son más cuerpos que no aparecen y familias en un limbo por la falta de certeza de lo ocurrido con sus seres queridos. Un duelo en suspenso, una búsqueda ininterrumpida y una necesidad por hilvanar la memoria y los afectos por medio del bordado. Los bordados cuentan las historias de las personas desaparecidas y de sus familiares y están cargados de memoria, emociones y anhelos. Esta acción colectiva permite que las personas puedan recordar a su ser amado, vincularse con otros que sufren la misma incertidumbre, tomar el espacio público y poder hablar (o no) usando el lienzo como medio.

En México se han creado numerosas acciones del activismo y aprendizaje textil. Algunas de ellas ya no existen, otras se han transformado y se han apropiado de otros espacios. Sin embargo, las participantes de un bordado colectivo han tenido la posibilidad de aprenderse, encontrarse, reconocerse y acompañarse ante la pérdida de un ser amado. A falta del rastro que deja la ausencia, el bordado crea uno, puesto que permite hilar la memoria en el presente. El trozo de tela se vuelve un objeto que pone de manifiesto que alguien nos hace falta en nuestra comunidad doliente: “El pasado está vivo y no muerto; el pasado vive en las mismas heridas que siguen abiertas en el presente” (Ahmed 68).

La comunidad en estos espacios permite sentir la pérdida más allá de la propia. Las buscadoras y los familiares adoptan el dolor de las demás y esto permite que los hijos de las otras madres se vuelvan suyos. Después de todo, toda acción necesita apoyo (Butler 38). El amor también se cimienta a partir de estos espacios



de encuentro que permiten la identificación del dolor. Quizá no podemos hablar de una sanación, pero sí de un aliento o un remiendo colectivo para seguir en la lucha buscando a sus seres queridos.

La capacidad de (con)movernos se refiere a que la emoción fluctúa de una persona a otra y que esto siempre ocurre en el encuentro con otros. La proximidad con otros se orienta a la narrativa “si sólo estuviéramos más cerca, seríamos como uno” (Ahmed 215). El afecto y la emoción van de la mano del bordado colectivo. Según Mérat, el pañuelo bordado evoca el amor para acompañar y proteger a su ser querido, que puede llegar a ser un talismán a falta de certeza, para consolar las penas (43). Así mismo, el espacio de encuentro permite (co)construir una pedagogía de la memoria y resignificar los conocimientos que se pensaban privados y domésticos.

Rescatar estos testimonios, dolores y memorias únicamente se puede hacer por medio del cuidado y la ética del dolor y de la escucha. Es fundamental una ética de la escucha ante el dolor de los demás (Aranguren Romero 27), donde no sólo se escuchan las palabras sino también los silencios. También en el silencio y en el reconocimiento de lo indecible existe la posibilidad de entablar un vínculo comunicativo (Aranguren Romero 28). La escucha de lo imposible sólo es posible si podemos (con)movernos ante un dolor que no podemos reivindicar como propio (Ahmed 71), pero que nos permite reconocernos como un “nosotros”.

Si bien, las bordadoras han sido y son principalmente mujeres, cada vez existen más hombres en estos espacios de costura colaborativa. Esto es un reflejo del impacto creciente que ha tenido el capitalismo gore (Valencia 24) en México y de la necesidad de afecto y de encuentros para la contención de los hombres que sufren las secuelas de la “guerra contra el narco”.

La violencia en México es crónica ya que los cuerpos cargamos el trauma social de dolor y angustia (Pearce 14) que nos ha dejado esta crisis de desaparición. No obstante, existe la posibilidad de remendar un poco el dolor y esto puede ser por medio de la recuperación del “nosotros”. El bordado es sólo una de las múltiples maneras que las buscadoras han encontrado para resistir, luchar y poder continuar





la búsqueda sabiendo que su dolor con-mueve a otras personas. Que, con picos, palas, lágrimas y puntada tras puntada, siguen en la lucha hasta que todos vuelven a sus casas.

### Bibliografía

- Aguirre, Ana Cristina y Laverde, Paula. «Genealogía de tres performances activistas en América Latina: El Siluetazo, No+sangre y Bordar/bordadoras por la Paz.». *Oxímora: Revista Internacional d'Ètica I Política*, n.º 4, 1, pp. 41-62, <https://raco.cat/index.php/Oximora/article/view/279232>.
- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. Traducido por Cecilia Olivares, Primera edición en español., Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Albarrán González, Diana, y Colectiva Malacate. "Bordarnos para reparar la vida: El mapeo del cuerpo-territorio y el bordado colectivo." *Diseña*, no. 24, 2024, Article.1, <https://doi.org/10.7764/disena.24.Article.1>
- Aranguren Romero Juan Pablo . "El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha)." *Nómadas (Col)*, vol. , no. 29, 2008, pp.20-33. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105112131003>
- Arellano García, César. «Realizan el Bordatón en el Zócalo por las personas desaparecidas». *La Jornada*, 26 de mayo de 2024, <https://www.jornada.com.mx/noticia/2024/05/26/capital/bordan-nombres-de-desaparecidos-en-evento-cultural-en-el-zocalo-322>. 30 mayo 2024
- Arias-López, Beatriz Elena. «Entre-tejidos y Redes. Recursos estratégicos de cuidado de la vida y promoción de la salud mental en contextos de sufrimiento social». *PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, abril de 2017, pp. 51-72. [revistapropectiva.univalle.edu.co](http://revistapropectiva.univalle.edu.co), <https://doi.org/10.25100/prts.v0i23.4586>.
- Azaola, Elena. «El movimiento por la paz con justicia y dignidad». *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 40, diciembre de 2013, p. 159. <https://doi.org/10.29340/40.262>.
- Butler, Judith. *Resistencias: repensar la vulnerabilidad y repetición*. Primera edición., Paradiso Editores, 2019.



- Carrasco, Leticia. «La feminización de la búsqueda de desaparecidos en América Latina. Los comités de madres de Argentina y México frente a la represión, el autoritarismo y la dictadura militar». *Internaciones*, n.º 21, enero de 2021, pp. 135-54. <https://doi.org/10.32870/in.vi21.7184>.
- Castellanos, Daniela, y Castaño, Diana Carolina. «Bordando afectos: subjetividad y trueque entre redes de mujeres». *Revista CS*, n.º 38, noviembre de 2022, pp. 222-51. <https://doi.org/10.18046/recs.i38.5118>.
- Castro, Ana Sabina. «Desapariciones forzadas y hallazgo de fosas clandestinas en México: el caso del Colectivo Madres Buscadoras de Sonora [Forced disappearances and the discovery of clandestine graves in Mexico: the case of the Madres Buscadoras de Sonora Collective]». *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, vol. 2, n.º 4, abril de 2021, pp. 95-109. <https://doi.org/10.46652/pacha.v2i4.53>.
- Collins, Randall. *Cadenas de rituales de interacción*. 1. ed., Anthropos Editorial; México D.F. Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- Erikson, Kai. “Notes on Trauma and Community.” *American Imago*, vol. 48, no. 4, 1991, pp. 455–72. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/26303923>
- Esquivel, Luz del Carmen A. Vilchis. «Las Rastreadoras del Fuerte, narrativas de la ignominia de las heroínas anónimas por su derecho a buscar». *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, n.º 142, septiembre de 2021. <https://doi.org/10.18682/cdc.vi142.5121>.
- Estrada Maldonado, Sandra, et al. «Mujeres Buscadoras En Guanajuato, construcción De Memoria Y Agencia a través Del Bordado». *Jóvenes en la Ciencia*, vol. 16, septiembre de 2022, <https://www.jovenesenlaciencia.ugto.mx/index.php/jovenesenlaciencia/article/view/3763>
- Freire, Paulo. *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI, 2019.
- Gallagher, Janice. *Bootstrap justice: the search for Mexico's disappeared*. Oxford University Press, 2023.
- González Pérez, Ana Sofía. «Una narrativa contra el feminicidio: las niñas y mujeres desaparecidas en el Estado de México». *CONfines de ciencia política y relaciones internacionales*, vol. 17, n.º 33, septiembre de 2022, pp. 115-18. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.46530/cf.vi33/cnfns.n33.p115-118>.
- Hunter, Clare. *Threads of life: a history of the world through the eye of a needle*. Abrams Press, 2019.
- hooks, bell. *Todo sobre el amor: nuevas perspectivas*. Planeta Pub Corp, 2022.
- Iliná, Nadejda. «“¡Tu madre está en la lucha!” La dimensión de género en la búsqueda de desaparecidos en Nuevo León, México». *Iconos - Revista de*



- Ciencias Sociales*, n.º 67, abril de 2020, pp. 119-36.  
<https://doi.org/10.17141/iconos.67.2020.4172>.
- Jelin, Elizabeth. «Subjetividad y esfera pública: El género y los sentidos de familia en las memorias de la represión». *Política y Sociedad*, vol. 48, n.º 3, enero de 1970, pp. 555-69.  
[https://doi.org/10.5209/rev\\_POSO.2011.v48.n3.36420](https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2011.v48.n3.36420).
- López, Jairo Antonio, and Malely Linares Sánchez. "El tejido colectivo como práctica estético-política frente a las violencias en México." *Alteridades*, no. 68, 2024, pp. 77-89. <https://doi.org/10.24275/WXZE7484>
- Luke, Carmen. *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana*. Morata, 1999.
- Maldonado, Salvador. «“Una tumba a donde llorar”: Cuerpo, rituales y justicia en torno a la desaparición en México». *Dilemas: Revista de Estudios de Conflito e Controle Social*, vol. 15, n.º 2, 2022, pp. 431-54.  
<https://doi.org/10.4322/dilemas.v15n2.45758>.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica: seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. Melusina, 2011.
- Mérat, Agnès. «Bordar la ausencia. Crónica de un duelo bordado». *H-ART. Revista de historia, teoría y crítica de arte*, n.º 7, julio de 2020, pp. 31-52. <https://doi.org/10.25025/hart07.2020.03>.
- Mora, Maryuri. «Arpilleras Chilenas: Mujeres que tejen memoria y resistencia». *Sur - International Journal on Human Rights*, 14 de agosto de 2020, <https://sur.conectas.org/es/arpilleras-chilenas-mujeres-que-tejen-memoria-y-resistencia/>.
- Morales Oyarvide, César. «El fracaso de una estrategia: una crítica a la guerra contra el narcotráfico en México, sus justificaciones y efectos | Nueva Sociedad». *Nueva Sociedad | Democracia y política en América Latina*, 1 de enero de 2011, <https://nuso.org/articulo/el-fracaso-de-una-estrategia-una-critica-a-la-guerra-contra-el-narcotrafico-en-mexico-sus-justificaciones-y-efectos/>.
- Olalde, Katia. «Bordando por la paz y la memoria en México: feminidad sin sumisión y aspiraciones democráticas». *Debate Feminista*, vol. 58, agosto de 2019. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2019.58.01>.
- Parrini Roses, Rodrigo. *Falotopías: indagaciones en la crueldad y el deseo*. Primera edición, Ediciones Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos ; Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- Pastor García, Almudena. «Fenomenología queer y literatura: emociones, orientaciones y narrativas en Sara Ahmed». *Eikasía Revista de Filosofía*, n.º 114, mayo de 2023, pp. 193-211. DOI.org (Crossref), <https://doi.org/10.57027/eikasias.114.588>.
- Pearce, Janice. *Un aporte conceptual y empírico para resignificar la seguridad en México*. En Santamaría, Gema, et al., editores. *Seguridad humana y*



- violencia crónica en México: nuevas lecturas y propuestas desde abajo*. Primera edición, Instituto Tecnológico Autónomo de México : Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, 2019.
- Pérez-Bustos, Tania, y Márquez-Gutiérrez, Sara. «Aprendiendo a bordar: reflexiones desde el campo sobre el oficio de bordar y de investigar». *Horizontes Antropológicos*, vol. 21, n.º 44, diciembre de 2015, pp. 279-308. DOI.org (Crossref), <https://doi.org/10.1590/S0104-71832015000200012>.
- Quiceno-Toro, Natalia y González-Arango, Isabel. «El Ojo de la Aguja: Bordar y hacer luchas presente» LASA Dossier: Resistencias colectivas, futuros imaginados. vol. 54 n.º3, 2023. pp. 25-29  
<https://forum.lasaweb.org/files/vol54-issue3/dossier1-4.pdf>
- Ramírez Valenzuela, Erika Guadalupe, et al. «Entre la memoria y el dolor. Las rastreadoras de El Fuerte y su labor en la búsqueda de personas desaparecidas en el norte de Sinaloa». *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, vol. 25, n.º 2, 2023, pp. 300-23. [ojs.urbe.edu, https://doi.org/10.36390/telos252.06](https://doi.org/10.36390/telos252.06).
- Ramos Tolosa, Jorge. *Palestina desde las epistemologías del sur*. CES, 2022.
- Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDNO) Gobierno de México.  
<https://versionpublicarnpdno.segob.gob.mx/Dashboard/Index> Fecha de consulta 10 mayo 2024.
- Rivera García, Mariana X. "El hilo de la memoria." *Encartes*, no. 02, 2018, pp. 218-223, <https://doi.org/10.29340/en.v1n2.32>
- Salazar Serna, Karla, y Roberto Castro. «Nuestras hijas no volvieron a casa. Caminos de reconstrucción de mujeres que buscan mujeres desaparecidas». *Revista Vía Iuris*, n.º 30, enero de 2021, pp. 1-35. DOI.org (Crossref), <https://doi.org/10.37511/viaiuris.n30a7>.
- Segato, Rita Laura. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros, 2018.
- Smith, Benjamin. *La droga; La verdadera historia del narcotráfico en México*. Debate, 2022.
- Stengel Peña, Natalia. «Prácticas artísticas al servicio de los y las familiares de víctimas de desaparición forzada». *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, abril de 2023, pp. 199-225.  
<https://doi.org/10.22201/iie.18703062e.2023.122.2811>.
- Terán y Contreras, Olga Silvia. *Del bordado sin valor al valor del bordado: La transformación del bordado de autoconsumo en bordado comercial entre los mayas de Yucatán*. Fundación Tun Ben Kin A.C., 2000.
- Uribe, Sara. *Antígona González*. Surplus Ediciones, 2021.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Primera edición, Paidós, 2016.
- Zepeda, Leslie. «Bordados de esperanza»: Madres buscadoras se reúnen a bordar a sus seres queridos desaparecidos». *Zona Docs*, 10 de octubre de 2023,



<https://www.zonadocs.mx/2023/10/10/bordados-de-esperanza-madres-buscadoras-se-reunen-a-bordar-a-sus-seres-queridos-desaparecidos/>. 12 mayo 2024.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System, University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

